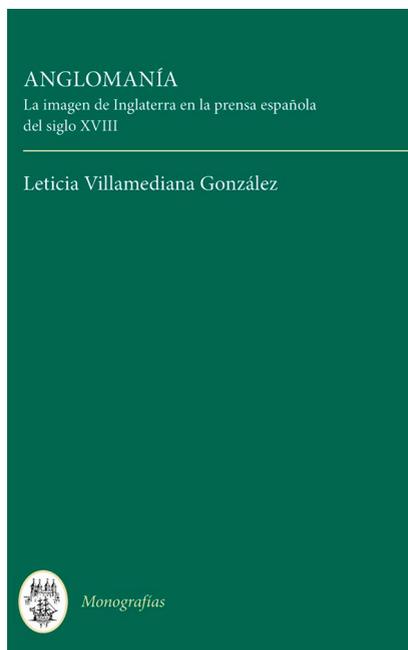


Leticia VILLAMEDIANA GONZÁLEZ, *Anglomanía. La imagen de Inglaterra en la prensa del siglo XVIII*, Woodbridge, Tamesis, 2019, 222 págs.

Desde hace algún tiempo se habían iniciado los estudios sobre la presencia del pensamiento inglés en España. A esos estudios parciales, se suma ahora este trabajo sobre la imagen de Inglaterra en la prensa española del XVIII. El libro es una importante aportación, por el tema, por el enfoque y por la metodología, al conocimiento de la realidad española cultural, política, económica y de pensamiento. Un acercamiento que, de forma indirecta, dimensiona a la baja el tradicional influjo de lo francés en España, aceptado de manera general, y evidencia una vez más la comunicación existente entre España y el resto del Continente. *Anglomanía* es una investigación renovadora, ejemplo de las que están haciendo jóvenes historiadores, que define de un modo más ajustado la historia del Siglo de las Luces.

Durante mucho tiempo se asumió que la Ilustración española era una mala copia de la francesa, sin considerar el modo en que se mueven las culturas y se crean las identidades. Aceptando la idea de la decadencia española, se interpretaba que, gracias a la Ilustración gala, España hacía más llevadero su papel secundón en el mundo. Se olvidaba el propio pensamiento español, la propia iniciativa nacional, y el diálogo que se estableció entre diferentes culturas. Se olvidaron los artistas y arquitectos italianos que hicieron carrera aquí en fluido diálogo con las diferentes tendencias culturales; se olvidó a los artistas y científicos españoles que recorrieron Europa y viajaron a América.

Leticia Villamediana sitúa el papel del pensamiento político, económico y cultural inglés en España, y lo hace sorteando el método de las influencias e influjos y empleando el mucho más útil concepto de la transferencia cultural, centrada en especial, aunque no solo, en los periódicos, instrumentos básicos para la diseminación del pensamiento y la creación de la opinión pública. Conocíamos las relaciones de algunos políticos y científicos con el mundo inglés,



sabíamos también de la asimilación mediante adaptaciones y traducciones de artículos de la prensa británica, pero ahora el trabajo de Villamediana González puntualiza, documenta, analiza y concreta ese conocimiento desde los tempranos proyectos periodísticos de Graef y Nifo, para seguir luego con las cabeceras más conocidas.

Su estudio da mucha luz sobre el modo en que la prensa se sirvió de las fuentes británicas (sorteando la prohibición inquisitorial de traducir *The Spectator*), de la sintonía existente entre los primeros periódicos y los proyectos reformistas del gobierno (y quizá habría que señalar de parte del gobierno, conocidas las tendencias pro británica y pro francesa de Ensenada y Carvajal). Pero, en cualquier caso, el enemigo que era el Reino Unido se convirtió en una figura referencial para la emulación de su economía política y para la aplicación de sus mejoras en aspectos prácticos de la realidad española. Lo que en un principio pudo ser una moda, se convirtió en estímulo crítico y estudio de la nación rival.

Del mismo modo que la presencia francesa tuvo una doble imagen, admirativa y de rechazo, la británica también generó fobia y filia, muy perceptible en las publicaciones que cubren el paso al siglo XIX. La relación con la cultura británica tuvo mucho en común con el modo en que se recibió la francesa, pues con ambas naciones se tuvieron enfrentamientos y alianzas, intereses compartidos y antitéticos. La Guerra de la Independencia cambiaría temporalmente la imagen, ya alterada por la batalla de Trafalgar en 1805, que significó una modificación importante del modo en que se había visto a los británicos.

Gracias al material que emplea la autora, esencialmente el de nueve periódicos, el lector conoce el alcance que tuvo la penetración de la cultura británica en España, cómo se adaptó, qué interés más y también de qué manera se construyeron las imágenes, no solo de las Islas Británicas en la Península, sino también la que los propios españoles tenían de sí mismos. Aunque queda fuera del objetivo de este libro, al lector le queda la curiosidad de saber de qué manera se percibió esa cultura en el resto del Continente. Quizá habría sido interesante tener una pequeña panorámica de esa recepción, de modo que pudiéramos situar el caso español en ese contexto y conocer las divergencias y las similitudes con el resto de Europa. Cuando se hace ese trabajo de contextualización, se suele comprobar que España no era diferente, que formaba parte, como indica la autora, de esa «Ilustración global» que interiorizó ideas, prácticas y reformas para ocupar un «luminoso lugar en el mapa de las Luces europeas».

Y esto fue en gran parte posible gracias a la labor de la prensa, que puso a disposición de muchos, entre otras cosas, diferentes aspectos de la cultura británica, cuya presencia fue tan fuerte (o así se percibió) que provocó así mismo una tendencia anglófoba. Un ejemplo tardío de esa presencia es que se tuvo en

cuenta el sistema político inglés al convocar las Cortes. Pero no hay que olvidar que, si Reino Unido fue una fuente de pensamiento, también recibió y asumió modas y prácticas procedentes del exterior, también de Italia, como indica que se denominara *macaroni* a aquellos jóvenes que atendían de forma especial a su aspecto, individuos que aquí se llamaron petimetres, currutacos, etc.

Uno de los aciertos del libro de Leticia Villamediana es haber elegido las publicaciones periódicas para conocer el desarrollo de ese vector cultural en España, pero su trabajo abre otras líneas de investigación y pone de manifiesto la importancia de las transferencias culturales, el papel de la prensa y de los periodistas en la época y el lugar de la Ilustración española.

JOAQUÍN ÁLVAREZ BARRIENTOS